

ANTONIO PORTAGE

ROSITA DÍAZ GIMENO

MARINA TORRES

FUENSANTA LORENTE

ALFREDO MARTÍNEZ

LEO DE CORDOBA

SIERRA DE RONDA



EDICIONES
BISTAGNY

SIERRA DE RONDA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

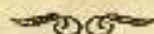
Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

SIERRA DE RONDA

Sensacional producción española de asunto dramático

Argumento y dirección de
FLORIÁN REY



Es un film de las famosas
SELECCIONES CAPITOLIO

(S. HUGUET, S. A.)

Provenza, 292

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

ANTONIO PORTAGO

ROSITA DIAZ GIMENO

Marina Torres

Fuensanta Lorente

Leo de Córdoba

Alfredo Hurtado

etc.

Sierra de Ronda

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

La campana sonó anunciando la hora de la clase cotidiana.

Abrió el carcelero la puerta del corredor, y en doble fila fueron penetrando los reclusos en la fría e inhospitalaria escuela del penal.

Repartiéronse por los pupitres, permaneciendo de pie tras éstos hasta que el oficial profesor dió la orden de sentarse.

El "Mariposa" era rechazado por todos con desprecio y con tanta rudeza que por dos veces salió lanzado

de otros tantos bancos y fué a dar con sus huesos en tierra. Su compañía no era grata a ninguno de los penados.

—¡Brutos! — increpó con su voz atiplada a los que le maltataban.

Por fin logró acomodarse junto a uno, más indiferente que los otros, quien no se opuso a ello.

El oficial profesor distraído en repasar unos apuntes, no había reparado en la hostilidad con que los reclusos recibían a aquel tipojo ambiguo, repelente.

Carraspeó el profesor, y comenzó su plática a los presos de la siguiente manera:

Decíamos esta mañana que la Justicia es la institución más perfecta de todas las que rigen la sociedad moderna. Su mecanismo, en apariencia complicado, no admite el más pequeño error.

Una tosecita barlona se oyó al llegar el profesor a este punto.

El que tenía era Antonio Flores, un hombre alto, buen tipo, joven aun, que ostentaba el número treinta y siete.

En su rostro, cuyas mejillas ensombrecía una barba de quince días, había una expresión de ironía que conservó mientras el oficial profesor continuó cantando las alabanzas de la infalibilidad de la Justicia.

Y es que Flores tenía razones y motivos sobrados para dudar de esa tan cacareada infalibilidad.

¡Qué sarcasmo constituía para él oír que la Justicia de los hombres no incurre jamás en error!

Diez años antes llevaba ya preso, y otros diez le quedaban todavía para extinguir la condena que habíale sido impuesta en castigo a un crimen que no había cometido. ¿Cómo ante tanta monstruosidad, podía pedirle

a él que escuchase con serenidad las palabras del profesor?

Aunque los demás presidiarios parecían escuchar con atención y con respeto la prolija definición de la justicia humana, en realidad les tenía sin cuidado lo que oían.

¿Quién sería capaz de hacerles comprender, a ellos, que sufrían sus rigores con mal llevada resignación, la necesidad de esa justicia y la moralidad que ella encierra?

La consideración que les merecía tal institución la pudieron demostrar plenamente aquellos hombres — o vestigios de hombres más bien — en cuanto el profesor, al que le acababa de pasar no sabemos qué recado un ordenanza, abandonó la escuela. Uno de los reclusos se llegó hasta el encerrado y comenzó a dibujar un grotesco monigote, con ciertas apariencias femeninas, monigote que completaron sus compañeros, añadiéndole obscenos detalles, entre grandes risotadas, y cuando estuvo acabado pusieronle debajo este lacónico epígrafe: "La Justicia".

Indiferentes a este regocijo, Antonio Flores y otros penados se sentaron en torno a un pupitre, y sacando una baraja, se dispusieron a echar una partida de tute.

—Tú, "Pinta" — le ordenó uno de los jugadores a cierto recluso—, sal ahí fuera y avisa cuando venga alguien.

El llamado "Pinta", salió al pasillo y se sentó en la escalera que conducía a los pisos altos para vigilar la llegada de cualquier oficial vigilante o cabo de vara que pudiera presentarse y dar el canto a sus compañeros para que tuvieran tiempo de ocultar las cartas.

El pasillo tenía un ventanuco que daba a la escuela, y el "Pinta" podía desde allí avisar a los jugadores y, al mismo tiempo, presenciar la partida.

Lo malo fué que entusiasmado con ésta, no se dió cuenta de la llegada del "Tuerto", el cabo de vara de más malas pulgas que existía en todo el penal, el cual se acercó a él y le dió un formidable puntapié en las nalgas, después de hecho lo cual, penetró como una exhalación en la escuela.

Pero por rápido que procedió, los jugadores lo fueron más que él, y cuando se presentó ante ellos, éstos ya no tenían la baraja en sus manos.

No obstante, el "Tuerto", furioso de verse burlado, se encará con Flores y le dijo:

—Ahora no me lo puedes negar, Flores.

—¿El qué? — replicó éste con indiferencia.

El siniestro cabo de vara odiaba mortalmente a Antonio Flores. Este le había parado los pies en muchas ocasiones, no consintiendo que le avasallase como a otros penados había avasallado, y de esta inmisión por parte de Flores nació el odio que el cabo le profesaba.

Con su único ojo miró el "Tuerto" en derredor suyo, tratando de averiguar con la mirada quién era el que ocultaba las cartas.

—¡A ver! — gritó—. ¿Dónde está la baraja?

Uno de los jugadores le dió con el codo al que tenía a su lado y le dijo con sorna:

—Anda tú, Royo. Dale una baraja al cabo, que *nó* ganas de juego.

—De lo que yo tengo ganas es de partiros a todos una vara en las costillas! — bramó el "Tuerto".

—¡Pues no te quedas con el gusto, hombre! ¡Ya puedes empezar por mí! —le instó Flores.

El resto era demasiado claro, demasiado incluídible para que el "Tuerto" pudiera permanecer indiferente a él sin desmentir su fama de matón. Y su mano restalló con ira en el rostro del provocador.

Flores sintió como si una oleada de sangre le cegase.

Nadie en su vida habíale puesto la mano en la cara.

Quizá quien tal cosa hubiera hecho habría pagado con la existencia el insulto. Por eso ahora, al recibir el ignominioso bofetón del "Tuerto", saltó sobre éste, dispuesto a matar o a morir a sus manos.

Los presidiarios hicieron corro en torno a ambos hombres, entusiasmados de ser espectadores de una tan singular y extraordinaria pelca, acontecimiento que no todos los días se presentaba en el penal.

En una escena bárbara, cruel.

Los dos hombres se acometían como podían, a puñetazos, a puntapiés, a dentelladas. Ambos eran fuertes y ninguno cedía al empuje de su adversario.

Los tremendos puñetazos que se atizaban en el pecho, resonaban con un ruido sordo, impresionante, que a la jauría de espectadores excitaba cada vez más y hacíale prorrumpir en relinchos de salvaje alegría.

Un golpe de Flores, más fuerte, o quizá más acertado que los anteriores, derribó al "Tuerto" al suelo.

¡Aplástalo, Flores! — gritaron

los presidiarios al ver que éste levantaba por encima de su cabeza un puñitre para arrojárselo al "Tuerto".

Mas éste, haciendo una extraña flexión con las piernas logró levantarse y se abalanzó sobre su contrincante, a tiempo que éste lanzábale la mesa, que pasó rozando la espalda del cruel cabo de vara y fué a cetrillarse en el suelo estrepitosamente.

Volvieron los dos presidiarios a atacarse mutuamente con redoblado furor, y unidos en feroz abrazo rodaron por tierra, golpándose sañudamente. Y unas veces era Flores quien dominaba la situación y otras su adversario hallábase a punto de cetrangularle.

En su descomunal lucha, arrastrándose como reptiles, pero sin soltar cada uno su presa, llegaron junto a la tarima del maestro.

Flores trató de incorporarse, y su diestra se dirigió afanosamente a la esfera geográfica que había sobre la mesa para utilizarla como arma y machacarle con ella el cráneo a su enemigo. Pero éste lo rechazó con los pies y al agarrarse Flores a la mesa para no perder el equilibrio, ésta se derrumbó sobre ellos.

De pronto las manos de Flores en-

contraron libre el camino de la garganta del "Tuerto" e hicieron presa en ella.

Y apretó, apretó con coraje.

Mas también a la suya se ceñían las férreas manos del cabo de vara.

Y la pelea hubiera tenido un fin trágico si en la puerta de la escuela no llegan a aparecer tres oficiales de Prisiones, revólver en mano, quienes con su autoridad, lograron poner fin a la terrible lucha.

II

En el despacho del director de la penitenciaría hallábanse con éste su secretario y un caballero, un magistrado que había ido al penal, siendo portador de algo imponderable, de algo que no tiene precio: ¡la libertad! ¡La libertad para un preso que aun contaba pasar en presidio tanto tiempo como ya llevaba en él!

—¿No era un indulto! ¿No! Era el reconocimiento y la rectificación de un error por el cual el inocente que ahora íbase a libertar había consumido lo mejor de su existencia entre las paredes frías y abrumadoras del penal.

—Es el error judicial más grave que he presenciado en toda mi carrera —decíale el magistrado al director de la prisión.

—La Audiencia le condenó a veinte años de presidio, y precisamente el mes pasado cumplió la mitad de la condena—comentó el director. Y añadió, tras una ligera pausa: —¡Es verdaderamente lamentable! ¡Diez años de reclusión en plena juventud sin la menor culpa!

El secretario del director, que había estado repasando todos los periódicos recién llegados a la penitenciaría, los cuales, sin excepción, se ocupaban del tremendo error judicial que acabábase de descubrir, le presentó uno al director, diciéndole:

—Vea usted lo que dice la Prensa. Está plenamente demostrado que los jueces y el jurado fueron coaccionados por el estado pasional del pueblo.

El director dió una ojeada al periódico.

Después, dejando el diario sobre la mesa, le dijo al magistrado:

—Bien. Cuando usted lo desee podemos llamar al penado.

—Cuando usted lo disponga, señor director.

Hizo éste sonar un timbre, y al carcelero que se presentó le dijo:

—Que venga el número 37.

Alejóse el carcelero, tintineando a su paso el manojo de llaves que llevaba en la mano, y encaminóse a la celda en que había sido recluso Antonio Flores, en castigo a haberse peleado con el cabo de vara.

Poco tiempo duró su soledad, pues minutos después penetraban en la misma celda sus dos compañeros de juego, castigados como él por haber sido acusados por el "Tuerto", y en un santiamén quedó organizada de nuevo la partida.

—A ti te toca dar, Royo. Y Flores ce mano — dijo uno de los compañeros de Flores.

Y cuando se disponían a jugar otra vez, apareció el carcelero ante la verja de la celda y gritó, mientras introducía la llave en la cerradura:

—Tú, Flores. A la Dirección.

—¿Yo? — preguntó extrañado el recluso.

—Sí, hombre, tú; Antonio Flores, número treinta y siete. Anda aprisa que te esperan.

—Bueno, ya voy — repuso Flores. Y dirigiéndose a sus compañeros de prisión, les dijo: —Chicos, lo siento mucho, pero no tengo más remedio que dejar la partida para ir a ver qué quiere el viejo.

Despaciosamente, con desgana, arrastrando los pies, siguió al carcelero hasta la Dirección.

Al penetrar en ésta, se sorprendió de ver a un caballero desconocido junto a la mesa del director, el cual, consultando unos papeles, le preguntó:

—¿Es usted Antonio Flores, condenado a veinte años de prisión por el delito de asesinato en la persona de María Ferrer, alias "La Santa"?

—¡La Bruja! — rectificó con rabia Antonio Flores.

—Bien, como quiera — dijo el magistrado—. ¿Recuerda usted bien los hechos que motivaron el proceso?

Flores puso cara de extrañeza.

—¿A qué venía ahora aquello?

—¿Los hechos? — exclamó—. ¡Ah, sí! ¡Los hechos los recuerdo todos! ¡Recuerdo muy bien el crimen que se cometió conmigo!

Y en brusca transición, con rabia infinita, clamó:

—¿Para qué me han llamado? ¿Para que diga que fui yo quién la mató? ¿Para eso?... ¡Pues bueno, como ustedes quieran! Después de todo nadie me puede quitar los diez años que llevo metido en este presidio.

—No se trata de eso —le advirtió el magistrado—, sino quizá de todo lo

contrario. Yo, lo único que desco, es conocer de nuevo algunos antecedentes de la muerte de "La Santa".

—¡La Bruja!—replicó Flores, violentamente, no pudiendo soportar que se nombrase por el apelativo de "La Santa", como todo el pueblo la había llamado, a la mujer por cuya muerte misteriosa había sido él condenado a sufrir los rigores de la prisión.

III

Flores evocó la figura de "La Santa".

Maria Ferrer, "La Santa", había llegado no se sabía de dónde ni cómo, a aquel pueblucillo enclavado en el corazón de la serranía de Ronda.

Era una mujer joven, de buen tipo y rostro sereno, enmarcado por su negra cabellera, peinada en bandós y recogida en un gran moño sobre la nuca.

Peró, no obstante esa serenidad, había un algo diabólico en su faz, siempre pálida, como si fuese de cera.

Todo era en ella extraño y misterioso. Desde su modo de vestir, siempre enlutada, con vestidos cortados con arreglo a un patrón ya en desuso muchos años atrás y que le daban un

cierto aire místico, monil, con sus cuellos cerrados en la garganta y sus amplias faldas que le arrastraban por el suelo, hasta su modo de vivir, en una ermita abandonada, situada en un abrupto y pintoresco rincón de la sierra.

Colgado al cuello llevaba siempre un rosario cuya gran cruz caíale encima del pecho.

Pronto comenzó a circular por el pueblo el rumor de que la forastera estaba tocada por la mano divina y hacía milagros.

Y poco a poco la gente fué acercándose a ella en busca de su protección espiritual, empujada por un fanatismo ciego que sólo aquellos seres incultos y analfabetos podían sentir.

Y, en efecto, asistida por la fe que en ella depositaban aquellas gentes tan humildes como crédulas, comenzó a obrar verdaderos milagros.

Y raro era el día en que tanto del pueblo como de los pueblos del contorno, no acudiesen a la puerta de su ermita buen número de enfermos a pedir a "La Santa" les devolviera la salud que habían perdido.

"La Santa", poseída de su propia virtud espiritual, oficiaba como una extraña sacerdotisa de un culto contradictorio, pues si bien siempre invocaba a Dios en sus oraciones y conjuros para sanar los cuerpos enfermos, en el interior de la ermita, no muy lejos de la imagen de Cristo crucificado, tenía amuletos o instrumentos diabólicos, de hechicerías, tales como los clásicos bubos y lechuzas disecados, la esfera de cristal descifradora de todos los misterios, la varilla mágica, la espada del iniciado, la pluma del auea que mojada en la negra tinta de los pactos satánicos y escribiendo con ella las frases que sean del caso sobre una toaca figurilla de cera fabricada por las propias manos de la invocadora, sirve para atraer el bien o el mal a la persona que se desea, la cual está representada por dicho fetiche de cera; la calavera tenebrosa sobre la que se

realizan los conjuros mortales. Y, en fin, en los ejones de la mesa que era como el altar de "La Santa", se hallaban confundidas con el "Libro de Alberto el Grande" "Las claviculas de Salomón".

Los procedimientos de "La Santa" participaban, por lo tanto, de una misma dosis de religión y de satanismo.

Ella, sin duda, era una hipercrética que, arrastrada por influencias religiosas, había caído en un misticismo tan agudo que había acabado por degenerar en una especie de hechicería.

No era "La Santa" una embaucadora consciente ni ejercía sus pretendidas virtudes con afán de lucro. Creían tan firmemente en ella los que por santa la tenían, que, sugestionada por esta misma fe que le dispensaban, "La Santa" llegó también a creer en su propia gracia sobrenatural; gracia que sólo era una voluntad tan formidable que sabía imponerse a la voluntad del prójimo con tal energía que hacía de éste cuanto quería, sugestionándole con la fuerza de aquélla.

Pero había espíritus escépticos en el pueblo que no creían en el poder de "La Santa" y se burlaban de ella.

Uno de ellos, y quizá el que mayor encono ponía en la burla, era Antonio Flores, un mozo bien plantado, due-

ño de un cortijo y de unas tierras de labor, bastante extensas y muy productivas que heredó a la muerte de sus padres.

Flores era un hombre marchoso, pinturero, que sabía vestir con elegancia el traje corto y llevar con gracia el cordobés.

Dos habilidades tenía Antonio Flores que nadie en el pueblo se las podía disputar: su destreza como jinete y su arte para conquistar el corazón de las mujeres. Pero de ninguna de las dos se jactaba el mozo, pues a la primera no le concedía ninguna importancia, y en cuanto a la segunda, Flores, aunque nacido en el campo, era demasiado caballero para ir pregonando por ahí sus hazañas de hombre afortunado en el amor.

"La Santa" era la única mujer a la que Antonio Flores despreciaba y no vacilaba en mostrarle su desprecio, no como mujer, sino como bruja, como pitonisa.

Cada vez que oía hablar de una nueva curación efectuada por "La Santa", Antonio Flores se indignaba y trataba en vano de convencer a los que referían aquélla que todo era mentira.

Y tenía que marcharse furioso, para no terminar de mala manera la cuestión.

Y entretanto la gente ignorata continuaba llevando sus enfermos a la surgida por el poder celestial o hacían que ésta los visitase en su propia casa, faltar que sólo dispensaba en casos muy contados de extrema gravedad.

No había enfermo desahuciado por el médico en muchas leguas a la redonda a quien sus familiares no le hubiesen propuesto:

—¿Por qué no vas a que te vea "La Santa"?

Y si el paciente se mostraba reacio a ello, su familia insistía, insistía hasta conseguir infiltrarle la fe en aquella criatura de sobrenatural condición venida al mundo enviada por Dios para aliviar los dolores de los mortales habitantes de este valle de lágrimas.

Y por los empinados caminos que conducían a la ermita en que "La Santa" moraba, ascendían trabajosamente, o conducidos en angarillas por miembros de sus familias, los enfermos y los tullidos, marcando su paso con sus toses, con su lamento y aun con sus aullidos de dolor.

Cuando la enfermedad resistía, rebelde, a todas las tentativas del médico para dominarla — y muchas veces el facultativo sabía, por desgracia, que no había solución para aquélla, a

pesar de lo cual continuaba dando esperanzas de salvación al enfermo y a los que le rodeaban, pues un médico rural nunca puede declararse vencido o de lo contrario se expone a que sus clientes pierdan totalmente su fe en él —cuando todos los medios heroicos se

habían puesto en práctica con nulo resultado, aquellas gentes incultas daban en atribuir el mal a obra de Satanás, y entonces no les quedaba más remedio que acudir a la saludadora. ¿Y quién con más prestigio y autoridad para ahuyentar al diablo que “La Santa”?

IV

Aquella muchacha que cierta mañana le llevaron a "La Santa", era un caso típico de posesión infernal.

Era una chica joven, de unos diecisiete años, a la que "se le habían metido los demonios en el cuerpo".

La infeliz histérica, presa de una gran crisis, lanzaba unos aullidos desgarradores y se retorció epilépticamente sin que bastaran a contenerla los dos hombres que la sujetaban fuertemente por debajo de los brazos con titánicos esfuerzos.

Su cabeza se removía violentamente de un lado a otro, pareciendo como si su cuello se fuera a quebrar en el momento menos pensado. Su castellana rubia revuelta y azitada sin cesar, se mejaba un alfiler de oro azotado por la borrasca.

"La Santa", tras aquella mesa que era como su ara sagrada en la que ella invocaba los poderes ocultos y sobrenaturales, contemplaba fijamente a la posesa en sus contorsiones desesperadas mientras ella iba pasando y repasando sucesivamente sus dos manos por la esfera de cristal y sus labios se movían murmurando una invocación que ninguno de los presentes lograba percibir.

En un rincón de la ermita los padres y algún familiar de la pobre enferma, presenciaban la escena con la ansiedad y el terror pintados en sus rostros de campesinos, rostros curtidos por el aire y por el sol, que denunciaban con su expresión la procreta mentalidad que albergaban los cerebros de aquellos seres.

De pronto "La Santa" se levantó, y avanzando hacia la posesa, extendió la mano sobre ella, y elevando la mirada al cielo, recitó la siguiente oración:

*Casa de Jerusalén
donde Jesucristo entró,
el mal al punto salió
entrando después el bien.
Yo pido a Jesús también
que el mal se vaya de ti
y el bien venga para mí
con esta oración. Amén.*

Y como una jaculatoria repitieron todos los que allí se hallaban:

*que el mal se vaya de ti
y el bien venga para mí
con esta oración. Amén.*

Transcurrieron unos segundos de ansiedad indescriptible durante los cuales apenas osaban respirar las personas congregadas en torno a "La Santa", en espera del milagro.

Sólo los gritos escalofrantes de la deudichada se dejaban oír, hendiendo el aire como el filo de una espada. Pero paulatinamente, como si el conjuro de "La Santa" comenzase a surtir realmente su efecto, los aullidos fuéronse

apaciguando hasta extinguirse por completo.

Y la enferma cayó en un sopor apacible, sereno. ¡Los demonios habían abandonado su cuerpo!

Lleváronse a la desventurada histórica.

Sus allegados no sabían qué hacer para demostrarle su agradecimiento a "La Santa".

Pero ésta rechazó todas las dádivas que le ofrecieron y sólo pidió en pago que rogasen por la salvación de su alma.

Después "La Santa" salió de su ermita ante cuya puerta había congregado buen número de curiosos que esperaban ser espectadores de un nuevo milagro de "La Santa": la curación de una niña paralítica que en unas angustias se hallaba en medio de la reducida plazoleta que existía delante de la ermita.

—¿Qué le pasa a esta niña? — preguntó "La Santa", destapándole el rostro a la chiquilla.

El padre de ésta, un hombre cetrino, maltratado por los embates de la vida, respondió en voz temblorosa, acongojada:

—Nuestra pobre hija, que sufre un "paralís".

—Diez días lleva así, señora — le

informó la madre, quien exaltándose exclamó: ¡Alguna mala perra envidiosa que le habrá hecho mal de ojo a nuestra criatura al verla tan sana y tan alegre! ¡Si yo la cogiera por mi cuenta no le iban a quedar ganas de volver a mojar a nadie!

De detrás del corro de curiosos salió una voz varonil gritando:

—¡Bruja!

“La Santa” se estremeció al oír aquella voz.

Antonio Flores se abrió paso entre la muchedumbre y encarándose con todos los presentes les increpó:

—¿Qué hacéis aquí, idiotas? ¿Esperáis algún milagro de esta bruja?

“La Santa” avanzó, erguida, hacia él y le dijo:

—¡Ni soy bruja como tú dices, ni santa, como dices éstos!

Una vieja protestó contra las propias palabras de ella.

—¡Si es santa, sí! — dijo—. A mi nieto le curó de la tífida.

—Y si “Rubio” el de Cesares, le sanó de las tercianas— corroboró un hombre.

“La Santa”, retando con la mirada a Flores, le dijo:

—Escucha, Flores. Yo no soy bruja, ¿lo sabes? Yo no soy bruja y no acepto esa calumnia. Pero sin serlo,

podría decirte algo que te asombraría porque te parecería cosa de magia.

Y tras una pequeña pausa que hizo “La Santa” para poder medir el efecto que sus palabras habían causado en el ánimo de Flores, prosiguió en voz muy baja, sólo perceptible para Flores:

—Podría decirte con quién pasas las noches y de qué portal es la llave que tienes en ese bolsillo.

Flores palideció visiblemente.

—¿Que tú sabes...? — balbuceó.

—¡Todo!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, porque nadie lo sabe excepto tú, ella... y yo, que soy bruja según dices — respondió “La Santa”, con reticencia.

Flores la agarró por una muñeca y se la oprimió sin compasión, mientras le decía amenazante, subiendo la voz sin darse cuenta de que los que los rodeaban podían escuchar sus palabras:

—¡Escucha! No sé si eres santa o bruja, ni me importa. Pero si alguien se enterase de lo que acabas de decir, ¡te mataría como a un perro!

Y Flores, dándole un violento empujón, la apartó de su lado, con desprecio, y montando en su caballo, que se hallaba a diez pasos de allí, se ale-

jó de aquel lugar, picando espuelas, furioso de saberse descubierto por "La Santa".

—¡Cobardes! — increpó una mujer a los hombres que se hallaban presentes—. ¡Ningún hombre sale a defenderla!

—¡No necesito a nadie que me defienda! — replicó, altiva, "La Santa". Y dirigiéndose a los atribulados padres que se hallaban junto a la camilla en que yacía la niña, les ordenó:

—Llévala allí.

Y les señalaba el borde de un precipicio.

Los padres pusieron la camilla a varios metros del barranco.

—¡Más lejos! — ordenó "La Santa".

Temeroso, el infeliz matrimonio acercó la camilla al borde del abismo.

Y entonces "La Santa", erguida, hierática, les mandó:

—¡Tíradla por el barranco!

Hubo un movimiento de espanto entre los circunstantes.

¿Se habría vuelto loca "La Santa"?

Los padres de la enfermita le imploraban con sus miradas:

—¡Tíradla he dicho! — repitió, enérgica.

Y como viera que no era obedecida, exclamó, fuera de sí:

—¿Es que ya no tenéis fe en mí?

¡Pues si no la tenéis, idos todos de aquí! ¡Fuera! ¡Fuera todos inmediatamente!

Medrosos fueron replegándose hacia atrás todos cuantos hallábanse allí congregados.

Jamás habían visto a "La Santa" de aquella manera.

Ella, por última vez, conminó a los desventurados padres a que arrojasen la niña por el barranco.

Y los esposos aquellos, cerrando los ojos para no ver su propia acción, pero puesta toda su esperanza en la misteriosa mujer, cogieron las paribuelas dispuestos a lanzar por el barranco al fruto de su matrimonio.

Y el milagro ocurrió.

La niña, al notar que la camilla se inclinaba hacia el barranco y que no había salvación para ella, hizo un esfuerzo poderoso y consiguió incorporarse.

Aborrotos, estupefactos, los padres dejaron las angarillas en tierra.

Y entonces la niña, trabajosamente, logró sacar las piernas de la camilla, y poniéndose en pie con dificultad, alargó los bracitos hacia "La Santa" y comenzó a caminar torpemente, amenazando caerse a cada momento, mientras la gente exclamaba:

—¡Milagro! ¡Milagro!

V

—A la mañana siguiente— explicó Flores al magistrado después de haber referido cuanto antecede—, la bruja había desaparecido sin dejar rastro, y todos juraban que yo la había asesinado y que tenía escondido su cadáver en la Sierra.

—Y usted no quiso o no pudo probar dónde había pasado la noche aquella— le dijo el magistrado.

—No quise para no comprometer la honra de una mujer. Ella, por miedo y por vergüenza, tampoco quiso hablar— declaró Flores.

—¿Y tuvo usted valor para soportar las iras de todo el pueblo?

En las labios de Antonio Flores se marcó un rictus amargo.

¿Que si había tenido valor para arrostrar las iras del pueblo?...

¡No lo sabían bien aquellos señores!

La fantasía popular inventó una serie de detalles que comprometían grandemente a Flores.

Este, ajeno al crimen del cual se le acusaba, no se había movido de su cortijo en toda la mañana, y cuando llegaron a éste los guardas rurales, sabiéndose inocente, no opuso la menor resistencia a entregarse.

El pueblo en masa le esperaba apostado en los riscos del camino, dispuesto a tomarse la justicia por su mano.

Nadie dudaba de su culpabilidad. El día anterior le habían oído algunas mujeres jurar que mataría como a un perro a "La Santa". Y Flores había cumplido su juramento.

Cuando los primeros vecinos del pueblo que se hallaban distribuidos

por las altas rocas desde las que se dominaba perfectamente el camino le divisaron a lo lejos, conducido por los dos guardas rurales, dieron a los demás el aviso de su llegada gritando:

—¡Abí viene! ¡Abí viene!

Y cuando Flores estuvo cerca de ellos, desde lo alto de los peñascos comenzaron a llover sobre él, que llevaba las manos atadas a la espalda, gruesas piedras que sus indignados convécinos le arrojaban entre grandes gritos de indignación.

Una de aquellas piedras le dió de lleno en el pecho, y Flores cayó de espaldas.

Al verle derribado, una horda de hombres, de mujeres y de chiquillos, que gritaban enloquecidos, se precipitó sobre él, dispuesta a lincharlo, cosa que quizá hubieran conseguido aquellos bárbaros si la pareja de guardas rurales no hubiera luchado con ellos a brazo partido y repartiera una buena serie de culatazos.

Protegido por dichas guardas y algunos vecinos menos obtusos que los demás, a quienes aconsejaron calma y prudencia, consiguió llegar al pueblo y ser encerrado en el calabozo del Ayuntamiento.

Después...

—En el juicio me acusaron todos—

dijo Flores—; y ya que no tenían pruebas las inventaron.

—Y consiguieron engañar a la Justicia, ¿no es cierto? expresó el director de la prisión.

—¿Que la engañaron? replicó Flores, con una sonrisa de amarga ironía—. ¿Pero no dicen ustedes que a la Justicia no se la puede engañar?

—Bien, sea como quiera—intervino el magistrado—, el caso es que en aquella ocasión la coaccionaron y la engañaron. Mas hoy la Justicia sabe que no hubo crimen ni siquiera intención. "La Santa", o la bruja, como usted dice, vive y ha vuelto al pueblo después de una misteriosa ausencia. Por lo tanto, Antonio Flores, desde este momento es usted libre.

Flores quedó anonadado al escuchar las palabras del caballero aquel.

Al cabo de un rato, pudo murmurar:

—¡Libre, sí... pero!...

Y, cacerándose con el desconocido personaje que para él significaba en aquellos momentos la sociedad a la que había aprendido a odiar durante su largo encierro, le pidió cuentas de la injusticia que con él se había cometido, con estas palabras:

—Pero... ¿y los diez años que llevo pasados en el presidio?

—Si existe un medio, la Justicia re-

parará en lo posible el error. Ya hemos quedado en que ella fué la primera engañada—repúsole el magistrado.

—La Justicia... pase. Pero, ¿y los que me acusaron?

—No querrá usted que condenemos a todo un pueblo—arguyó el magistrado, con cierta ironía.

Antonio Flores quedó con el ceño fruncido, mirando fijamente al suelo. Y de pronto, como si de su meditación hubiera surgido un firme propósito que le sirviera de guía en la nueva ruta que iba a emprender en la vida, exclamó:

—Está bien. Tiene algo más que decirme?

El magistrado, gran psicólogo, había adivinado todo cuanto pasaba en aquellos instantes en el alma de Flores, y le contestó:

—Solamente quiero hacerle una advertencia de amigo. Es ésta: Usted no debe volver a su pueblo, Flores.

—¿Por qué? — replicó violentamente Flores, como irritado por haber sido adivinado su pensamiento por aquel hombre—. ¿No ha dicho usted

que soy libre? Pues entonces iré donde yo quiera a disfrutar de mi libertad, haciendo el bien o haciendo el mal. Lo que me dé la gana. ¡Después de toda... ya le pagado por anticipado a la Justicia!... Conque... ¡hasta más ver, señores!

Antonio Flores se encaminó de nuevo a su celda, rumiando en su cerebro ideas de venganza, de la terrible venganza que en sus horas de presidio había ido forjando para cuando recuperase la libertad.

Cuando les comunicó a sus amigos que se hallaba libre, el Royo dijo:

—¡Estaba de Dios que no habíamos de acabar esta partida!

—¡No estaba de Dios, Royo! —replicó Flores, de un modo sombrío y enigmático—. Esta partida la acabaremos. Yo me guardo mis cartas; vosotros las vuestras. Y de aquí a poco tiempo volveremos a continuar esta partida en esta misma casa. Adiós, amigos. Hasta pronto.

Y después de estrecharlos la mano efusivamente a sus dos compañeros de penal, abandonó la celda.

VI

Miguelillo Flores pasó por delante del señor Paco, que estaba almorzando en el vestíbulo de la casa, cuyas paredes herían la vista de tan blancas.

—¿Ha bajao ya la señorita María Cruz, señá Luisa? — le preguntó Miguel a la vieja criada, con la que se tropezó a su paso.

—No la he visto—respondió ésta—. Como no haiga salío por el huerto.

—Entonces voy a ver si toavía la encuentro.

Y Miguelillo subió a ver si encontraba a la muchacha para acompañarla a misa.

En lo alto de la escalera apareció una criada, que asomándose a la barandilla, gritó:

—¡Señor Paco! Que le llama la señora.

El señor Paco dió un respaldo y siguió comiendo, sin contestar.

Miguel llegó al cuarto de María Cruz, empujó la puerta, y cuando ya estuvo dentro preguntó:

—¿Se puede?

María Cruz, sorprendida en enaguas por el chaval, se tapó como pudo y replicó con indignación más fingida que verdadera:

—¡No, señor! ¡No se puede!

Miguel, riendo, se volvió de espaldas para no axorarla, y le dijo:

—No sé si sebrás que vamos a llegar tarde a misa.

—¿Y por qué no has venido más pronto? — le preguntó la linda María Cruz, mientras continuaba vistiéndose.

—Porque he tenido que ir al cor-tijo.

Hubo unos instantes de silencio, al cabo de los cuales Miguel le preguntó a la muchacha:

—Oye, ¿te puedo llamar de tú cuando estemos solos?

—Y cuando estemos acompañados, ¿Mira éste! ¿Por qué lo preguntas?

—Es que dice el señor Paco que tú eras la señorita y que yo ni siquiera soy un gañán.

—¿Bah! Déjale que diga lo que quiera. No le hagas caso, tonto.

María Cruz le aseguró al muchachito que en un momento estaba lista; y se metió en la estancia contigua a acabar de vestirse.

—¿No me preguntas por mi hermano? Creo que llega hoy al pueblo—le dijo Miguel, sin moverse de donde estaba.

—Estarás muy contento, ¿verdad? —respondió María Cruz.

—¿Fíjurate! Diez años sin verlo.

—Oye, Miguel, ¿Cómo es tu hermano?

—Ya casi ni me acuerdo. Tenía yo siete años cuando se lo llevaron.

—Es verdad. Los dos éramos muy pequeños entonces.

Desde la habitación de María Cruz se oyó la voz de la criada llamando

nuevamente al señor Paco de parte de la señora.

Y el administrador de las fincas de doña Juanita dió un segundo bufido y continuó almorzando impassible.

Para el señor Paco las órdenes de su señora nada significaban.

Nominalmente el ama era doña Juanita, pero quien verdaderamente mandaba allí, haciendo y desbaciando a su antojo, era el señor Paco, el encargado, el administrador, y de tal modo era así, que en todo el pueblo se le tenía la misma consideración y se le reconocía la misma autoridad que a la señora.

¿Cómo había conseguido el señor Paco imponerse de tal forma en aquella casa y lograr alcanzar un prestigio tan grande?

Nadie lo sabía.

Pero las malas lenguas no estaban en olvido que el señor Paco era un hombre bien parecido, de buena prestancia y que quizá a estos méritos se debiera su éxito, si carecía de otros.

Lo evidente, lo innegable, era que el señor Paco gozaba de la máxima autoridad en casa de doña Juanita y que él obraba allí a su antojo, sin nadie que le contradijese ni le parase los pies.

Viendo que el señor Paco hacía en-

so omiso de sus llamadas por medio de la sirvienta, doña Juanita decidió llamarlo por sí misma.

Salió la señora de sus habitaciones y desde la escalera llamó al administrador.

—Le he mandado llamar ya dos veces, Paco — le dijo.

Levantóse él sin apresuramientos y se dirigió hacia donde se hallaba doña Juanita, respondiéndole:

—Sí; ya lo he oído. Pero creo que tengo derecho a que me dejen almorzar tranquilo, ¿no es verdad?

En este momento salió María Cruz, quien dió un beso a la señora, diciéndole:

—Adiós, mamá. Hasta luego.

Al reparar el señor Paco en que Miguelillo se marchaba con la joven, le preguntó, agriamente:

—¡Eh, tú! ¿Adónde vas?

A... acompañar a la señorita María Cruz — balbuceó el mozaibeto.

—Pues no vas. Entra ahí dentro, que me haces falta — le mandó Paco.

—Lo necesito yo para que me acompañe — replicó María Cruz.

Y ya lo necesito para trabajar — arguyó Paco; añadiendo: A mí no se me ha ocurrido emplear la doncella de tu madre en las faenas del

campo, ¿sabes, niña? Conque... cada uno a lo suyo y asunto concluido.

María Cruz, comprendiendo que sería inútil insistir con aquel tipo, marchóse, irasciendo con rabia y conteniendo su gentil cuerpecito.

María Cruz no se parecía en nada a su madre, pues todo lo que ésta tenía de sumisa, lo tenía la muchacha de rebelde y decidida. Y respecto a la semejanza física ocurría otro tanto, pues aun cuando doña Juanita había sido, por lo visto, una mujer guapa, a juzgar por los vestigios de hermosura, que aun conservaba, su hijo le aventajaba en un cien por cien en belleza, y si la una era morena, la otra, María Cruz, tenía la cabellera de color de oro.

Doña Juanita la vió marchar con cierta pena, pues le molestaba que Paco tratase a su hija en la forma en que le había tratado, tan despectivamente, prohibiéndole que le acompañase Miguelillo Flores, el muchacho de edad aproximada a la de ella, que se cortaban de puñeros y casi podía decirse que se habían criado juntos.

Miguel era hermano de Antonio Flores, y doña Juanita lo recogió en su casa a raíz de "la desgracia" ocurrida a éste.

Mas ¿lo había recogido porque sí,

para demostrar únicamente el gran corazón que poseía, o bien eran los remordimientos por cierta mala jugada hecha a él y a su hermano después de estar éste en presidio, la cual verificó empujada por su administrador, el señor Paco?

Este hombre de hierro la tenía tan dominada, tan sugestionada, que la voluntad de doña Juanita habíase ido inhibiendo en todo, y ahora ya no existía siquiera, siendo la del señor Paco la suya. Sólo alguna que otra vez, y muy de tarde en tarde, aquélla parecía ir a resucitar con un ramalazo de rebeldía, pero en seguida se encontraba con la voluntad avasalladora del señor Paco y tenía que volver a callar y a seguir en su estúpido letargo.

Uno de esos chispazos de rebeldía tuvo lugar en aquellos momentos.

Doña Juanita, desde la mitad de la escalera, le interpeló enérgica a Paco, que se hallaba junto a ésta:

—Oiga, Paco. ¿Quién ha mandado tirar la caseta del olivar?

—¿Quién va a ser? Yo — repuso el administrador, con aire de jaque, poniéndose las manos en las caderas.

—¿Por qué? — le preguntó doña Juanita.

—¿Por qué? ¿Por qué? — repitió

él—. Pues porque hacía falta tirarla.

Su insolencia soliviantó a la señora.

—Mire, Paco — le dijo—. Le ruego que no tome ninguna decisión sin consultarme antes. Espero que ésta será la última vez, ¿verdad?

—Como usted quiera — respondió él, alzándose de hombros—. Pero ya estoy hasta los pelos de toos ustedes. Cuando se trata de arrimar el hombro, aquí estoy; y pa mandar... pa mandar, usted y los suyos. Pero no se apuro, que ahora mismito voy a decir que levanten otra vez la caseta.

Y añadió, con mordaz sonrisa:

—¡Ah! Y prepárese usted para ir a recibir a Flores. Sería muy notao que usted faltase.

Doña Juanita palideció al oír el nombre del que acababa de salir de presidio.

—¿A Flores? — repitió, fugiendo que no recordaba por qué le decía tal cosa su encargado y administrador—. ¡Ah! Es verdad, que llega hoy.

Y luego, con sinceridad, comentó:

—¡Nos quedamos con sus tierras de aquella manera!

—¿De qué manera? — protestó airado Paco—. Con la ley en la mano y en pública subasta.

—Sí; por una miseria — expresó con remordimiento doña Juanita—. Y ahora que se ha demostrado que se equivocó la justicia y que nos equivocamos todos, es natural que reclamemos lo que es suyo.

—Allá él y allá la Justicia replicó Paco—. Con que nos pague el dinero que dimos, más los réditos y lo que hemos gastado después... para él otra vez las tierras. Pero desconfíe usted, que no hay miedo. Flores no tiene dónde cacerse muerto.

—¡Mal enemigo entonces, Paco! Ya decía yo que era peligroso comprar aquello. Ya vió usted que nadie quiso aprovechar aquella ocasión. Sólo nosotros, pero en contra de mi opinión; porque usted se empeñó.

Paco hizo un gesto despectivo.

—¿Lo está usted viendo? — dijo . Yo tengo la culpa de que usted, gracias a las tierras de Flores, sea la más rica del pueblo. Yo tendré la culpa, pero ustedes bien que se embolsan el dinero que produce. ¡Maldita sea la hora en que pisé esta casa!

El espíritu pusilánime de doña Juanita se agustó al ver a su capataz enardecido.

—Bien, bien. No se ponga usted así, hombre — le rogó. Y añadió, sumisa . ¡Sea lo que Dios quiera!

Y se dispuso a regresar a sus habitaciones.

—Buena; ¿en qué quedamos? ¿Va usted a no va usted a recibir a Flores? — le preguntó desde el pie de la escalera el señor Paco.

—¡Yo no! ¡Vaya usted si quiere! —respondióle ella, secamente, entrando en sus habitaciones.

Paco hizo un gesto de desprecio.

—¡José! — llamó.

Presentóse un viejo servidor de la casa, quien, como todo el mundo allí, obedecía ríegamente al administrador, el cual había sabido imponer a todos, a los criados como al ama, su voluntad.

—¿Está por ahí Miguel? — le preguntó Paco.

—En la cocina.

—Bien, pues no le dejes salir hasta que yo te avise, ¿comprendes? No es conveniente que vaya a su hermano antes del recibimiento que se le prepara, pues sería capaz de soliviantarlo en contra nuestra. De modo que, si es preciso, lo encierras. ¿Estamos?

—Sí, señor Paco.

Calóse el sombrero ancho el administrador de doña Juanita, ajustóse la chaquetilla, y salió.

José llamó a Miguelillo, y cuando éste acudió abrió la puerta de un cuar-

tuebo en el que sólo había trastos viejos, y le ordenó:

—¡Entra ahí!

—¿Pa qué? — preguntó el muchacho, extrañado.

—¿Que pa qué? Tú entra y ya te lo diré luego — repuso el criado.

Miguel era rebelde.

Encarándose con el viejo le preguntó:

—¿Y se pué saber quién lo manda? Porque usted no es quién pa mandarme a mí.

—Lo manda el amo, niño.

—¿El amo? ¿Qué amo? Aquí no hay ninguno. Aquí no hay más amo que doña Juanita, ¿se enterá usted?

—Mira, mucoso — replicó el viejo —; amo es toó el que manda. Y aquí el que manda es el señor Paco, cosa que ni a ti ni a mí nos impor-

ta averiguar por qué; ¿te enteras? ¡Y entra de una vez, condénalo!

El señor osé, de un empujón, metió en el cuarto a Miguelillo, y cerró la puerta con llave.

Miguel comenzó a aporrear la puerta y a gritar para que lo sacasen de allí.

—Si te callas te soltaré esta tarde pa que veas a tu hermano — le dijo el señor José, socarrón; y se marchó, cachazudamente, a la cocina, mientras Miguel continuaba golpeando la puerta y gritando:

—¡Canallas! ¡Ya las pagaréis todas juntas!... ¡Vosotros lo que queréis es engañar a mi hermano después de haberlo tenido en presidio! ¡Pero aquí estoy yo pa contarle lo mucho que me habéis hecho pasar! ¡Lo vais a pagar bien caro!

VII

Por el camino que conduce al pueblo avanzaba un hombre alto, arrogante, con la casaca al hombro; en la mano una alta vara con la que se ayudaba en su caminar largo, decidido.

Unos individuos que hallábanse situados en altas peñas, dominando el paisaje como desde una atalaya, corrieron al pueblo a dar la noticia al Ayuntamiento.

La ilustre corporación municipal hallábase reunida desde por la mañana en sesión permanente para que no les cogiera desprevenida la llegada de aquel hombre al cual le tenían preparado un apoteósico recibimiento en desagravio a lo que había sufrido por causa de un error del que nadie que-

ría considerarse como autor o como cómplice.

Allí estaban, con el alcalde y el secretario, lo más representativo del pueblo: seis u ocho ricachones, entre los que se contaba el señor Paco, los cuales — ¿cómo no? — desempeñaban los cargos de concejales de aquella ilustre villa.

El emisario penetró presuroso en el salón de sesiones y le dijo al alcalde:

— ¡Ya viene Flores!

Aunque todos lo estaban esperando, la noticia produjo sensación entre los reunidos.

— Bien, avisad a la gente — ordenó la primera autoridad municipal al que acababa de informarles de que Flores se hallaba a la vista.

El hombre salió presuroso y satisfecho de que en él se hubiera delegado para tan importante comisión, y uno de los concejales, el señor Francisco Aldama, opulento labrador, dirigiéndose a sus compañeros, les dijo:

—Ahora se van a convenir ustedes de que esta comedia que ha inventado el secretario, no va a servirnos pa na. Los Flores han sido siempre rencorosos y éste no se conforma con una pantomima como ésa.

—Hay que ponerse en su caso, señores — dijo un segundo concejal e inevitable ricachón—. ¡Es que no fueron uno ni dos los que le acusaron! ¡Fueron todos a una!

Poco a poco, amigo —terció el señor Paco, el administrador de doña Juannita—, fuimos todos, y usted el primero.

—¿Yo?

El alcalde intervino, pacificador:

Bueno, señores. Dejemos eso. Aquí estamos todos para lo que sea, y que no quede por nosotros.

El secretario, un hombre que se las daba de intelectual, y en cuyo cerebro había nacido la estúpida idea de homenajear a Flores a su llegada al pueblo, había escuchado las manifestaciones de los dos concejales con un aire desdénoso.

—Al tiempo, señores, al tiempo — dijo, después de que hubo hablado el alcalde—. Conozco muy bien la psicología humana, y les garantizo a ustedes el éxito. Déjennos hacer y los prometo dejar a ese Flores lo mismo que una malva, y ahora, si me permiten, voy a dar las últimas instrucciones.

Y se fué a la entrada del pueblo, engalanada con un arco de ramaje del que pendía un cartelón en el que se daba la bienvenida a Antonio Flores.

El secretario contempló entusiasmado su obra.

Junto al arco triunfal había un tabladillo destinado a las autoridades, y al mirarle, el secretario gorzó con anticipación la dicha del triunfo que le esperaba.

Los vecinos del pueblo, al enterarse de que Flores había sido señalado por el vigía, corrieron a la entrada del pueblo, donde a poco llegó la charanga que el secretario llamaba pomposamente Banda Municipal, encargada de tocar los tres o cuatro pasodobles que constituían su repertorio, en honor al hijo de aquella villa Antonio Flores, convertido por las circunstancias en héroe popular.

Las ventanas y los balcones se po-

blaron de mocitas ansiosas de conocer al héroe.

Cuando Antonio Flores llegó al pueblo, se sorprendió de verse vitoreado por todos sus convecinos, la mayoría de los cuales, en otro tiempo, no habían vacilado en lapidarlo, ensañándose con él al verte caído e indefenso.

La Banda Municipal — llamémosla así para complacer al secretario — arremetió con las primeras notas del "Himno a Antonio Flores", himno que cantó un coro de niños y que era original del sacristán organista la música, y del maestro de escuela la letra.

Atrásada la ejecución de tan brillante composición lírica, el secretario del Ayuntamiento, que con todo el Concejo hallábase en el tabladillo, se levantó de su asiento, después de una pequeña preparación consistente en carraspear por tres o cuatro veces y en dirigir una eovtra mirada en derredor suyo como recomendando con ella silencio, para que nadie se perdiese ninguna de las bellezas de la vibrante pieza oratoria que llevaba embotellada.

Antonio Flores habíase quedado parado en medio de la calle, mirando a todos con verdadero estupor.

¿A qué venía aquella ridícula mojanga?

Menos fiesta en su honor y más cuidado al acusarle era lo que hubiera deseado Antonio Flores.

May felices se las prometía el secretario con su donosa estratagema, pero la expresión del rostro de Antonio Flores no hacía presagiar esa felicidad precisamente.

El secretario del Ayuntamiento comenzó su perorata con esta salutación:

¡Bienvenido seas a tu pueblo, Flores!

Un entusiasta del secretario no se pudo contener y lanzó un ¡Bravo! entusiástico.

El orador se inmutó un poco. ¡La emoción, señores, la emoción! Pero, afortunadamente, logró vencer ésta y pudo proseguir:

—Ante tu vista tienes un espectáculo admirable, Antonio Flores: ¡Todo un pueblo rendido en sincero homenaje a tu honradez y tu hombría de bien! Un homenaje que debe dejar en ti imborrable recuerdo de gratitud. Esta es para ti la verdadera justicia. ¡Tu justicia! ¡La auténtica justicia!

Al homenajeado, sin embargo, parecía importarle un comino el homenaje.

¡Valiente homenaje!

¿De qué le servía ésto, de qué le servía aquel himno de musiquilla ratone-



Era Antonio Flores, un hombre alto, joven aun.



Pusiéronse a jugar al tute.



Arrastrándose como reptiles, pero sin goliar ninguno su presa ..



Poco tiempo duró su soledad.



Sus labios se movían, musitando una invocación.



—Si alguien se enterase de lo
que acabas de decir.

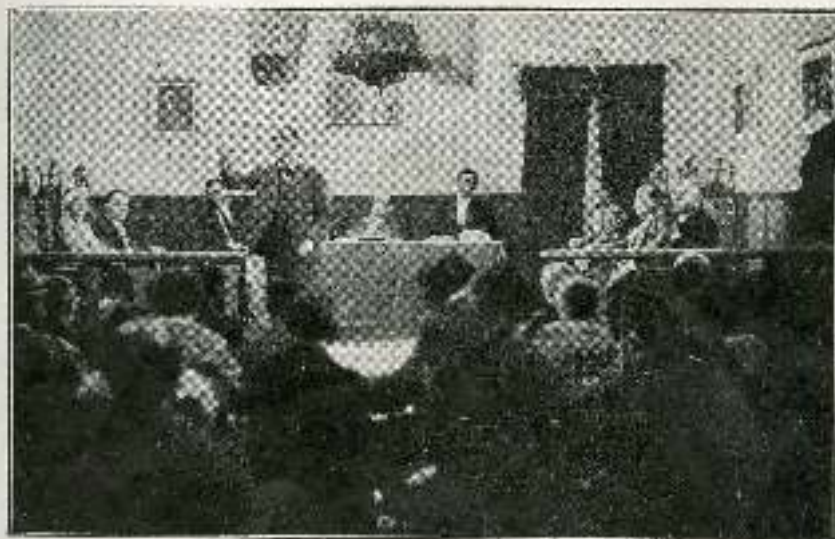


—Oye; ¿te puedo llamar de tú cuando estemos solos?



La expresión de su rostro no hacía presagiar esa felicidad.

Una linda chiquilla rubia de
buen palmito...



El único que no se dió cuenta de su fuga fué el secretario.



Unas detonaciones sorprendieron a María Cruz y a Miguel.



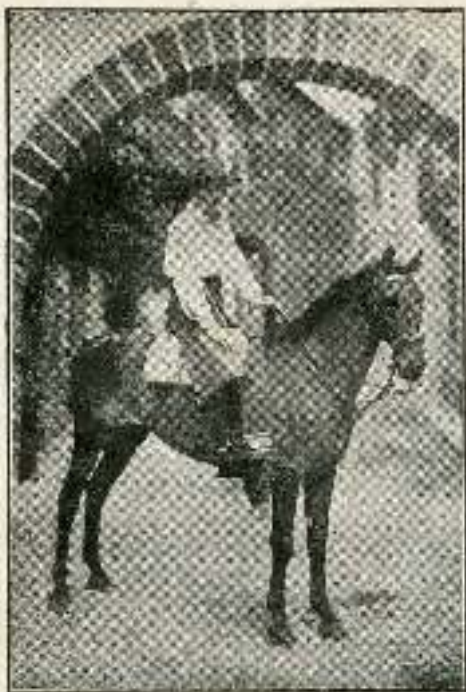
—¡Este mal sólo me lo puede curar el presidio!



Se arrodilló y rezó fervorosamente.



—¿Y si vendiera mis tierras y desapareciera de aquí?



Las calles quedaban desiertas
al aparecer el bandido.

Flores estaba en el umbral,
revólver en mano.



ni las palabras halagüeñas del secretario, si desde donde se hallaba situada estaba viendo el balcón de la que había sido su casa, una de las más importantes del pueblo, lleno de gente extraña a él?

Eran sólo muchachas quienes ocupaban el balcón, entre las cuales destacaba por su hermosura y su gentileza una linda chiquilla rubia, de buen palmito, de ojos oscuros, que hablaban por sí solos, los cuales no se apartaban de él, y boca fresca, jugosa, que le sonreía sin cesar.

Era María Cruz.

Antonio Flores no la conocía.

Cuando se lo llevaron a presidio, María Cruz era una niña en la que ni siquiera había reparado nunca.

Pero aunque la muchacha era muy bella, Antonio, en aquellos momentos

no estaba para fijarse en su hermosura, sino que veía en ella a una criatura odiosa, como todas las que le acompañaban, por el mero hecho de hallarse usurpándole su casa.

Y entretanto, el secretario proseguía, con tribunicio énfasis:

—¿Qué importa el sacrificio? ¿Qué significa el martirio, si al fin, el mártir logra ceñir a sus sienes la corona de los elegidos? ¡Ah! ¡Nunca como ahora tienen explicación exacta las palabras divinas: "Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos".

Una imponente ovación acogió estas palabras del orador, a quien el público vitoreó al mismo tiempo que a Flores.

El cual sonreía con amarga sonrisa, sintiéndose escarnecido y villipendiado por aquella grotesca comedia.

VIII

El segundo discurso fué en el Ayuntamiento, por la tarde, a cargo también del secretario, quien pensaba cosechar un triunfo como el conseguido con el primero.

Y si la cosa no se torcía como no era de esperar que sucediese, iba a quedar como los propios ángeles.

El acto era de lo más solemne que se puede imaginar. Sentado entre los ilustres señores concejales, en uno de los magníficos sillones tallados en que los ediles se sentaban para celebrar las sesiones del Concejo, hallábase Antonio Flores, escuchando, con la cabeza baja, lo que el secretario iba diciendo.

—Este pueblo, el tuyo — declamaba enfáticamente el orador — quiere honrarse honrándote; quiere proclamar a

los cuatro vientos las virtudes del más preclaro de sus hijos. Quiere pagar espléndidamente la deuda que contrajo contigo y te nombra, por acuerdo unánime del ilustre Concejo, su hijo predilecto, que es lo mismo que declararte solemnemente el primer ciudadano de este invicto lugar.

—¡Bravo!

—¡Viva Flores!

—¡Viva el alcalde!

El entusiasmo fué causa de que se repartieran vivas para todo el mundo. Unicamente el homenajeado no sentía el general regocijo. Antes al contrario hizo una mueca y un movimiento, que demostraban su asco, pero que el secretario le convino interpretar de otro modo.

—Quieras hablar, lo sé — dijo —, pero la emoción ahoga tus palabras. Por eso te ruego me permitas que yo hable por ti, y que en tu nombre diga a tus convecinos que este momento, el más feliz de tu vida, te ha hecho olvidar las penalidades del presidio.

¡Olvidar! ¿Cómo podía él olvidar? No era cosa fácil.

Precisamente en sus matos tenía algo que mantenía vivo el recuerdo de todo, de su injusta acusación, de los años pasados en la penitenciaría y... de la venganza que su alma dolorida y llena de rencor a rebosar, preparaba.

¡Eran las cartas de la partida que con dos compañeros de sufrimientos había comenzado y no había podido terminar en el penal!

Estos naipes significaban el odio, el rencor, el desecho de venganza.

Pero como el secretario lo ignoraba, persiguió impertérrito poniendo el dedo en la llaga.

—Permíteme que diga a tus paisanos y convecinos que eres hombre que sabe perdonar y perdona de buen grado a los que te acusaron... Y que en esta hora de tu rehabilitación no queda en tu alma un átomo de rencor ni de odio. Y yo, en nombre también de tu pueblo, te doy las gracias por estas

palabras que no has pronunciado, pero que has sentido latir en tu conciencia.

El sarcasmo era demasiado grande para que Antonio Flores no se diera cuenta de él, por muy abstraído que se hallase.

Indeleble en su mente estaba el recuerdo del ensañamiento que su pueblo demostró con él. Y con el pueblo su alcalde y el muy ilustre Ayuntamiento, que con escasas variaciones se hallaba compuesto por los mismos caciques de ahora. ¡Y se le pedía que perdonase!...

—Por acuerdo unánime también — siguió el cierrón rural —, se ha creado para ti un cargo retribuido que te permitirá vivir con relativo desahogo el tiempo que permanezcas en el pueblo. ¿Cabe más desprendimiento ni más galantería?

Antonio Flores se reballó en su asiento, molesto.

¿Qué era lo que pretendía aquella gente? ¿Hacerle callar por un miserable mendrugo que tendría que estar agradeciendo toda la vida? ¿Querer aplacarle con dádivas que ya comenzaban por echarle en cara?

¡Poco conocían a Antonio Flores!

Al verlo removerse, el secretario, curándose en salud, le dijo:

— No, no te esfuerces en demostrar

tu agradecimiento. El Concejo se siente pagado con saber que ha cumplido con su deber.

No pudo resistir más Antonio Flores. Y asqueado abandonó el salón de sesiones por la puerta del despacho del alcalde.

Los ediles y el alcalde quedáronse de piedra al verle ponerse en pie, calarse el sombrero y desaparecer.

El único que no se dió cuenta de su marcha fué el secretario, que se

entusiasmaba escuchándose a sí mismo.

Y sólo cuando llegó al punto calóbrante de su discurso y se dispuso a imponerle una medalla que perpetuase el recuerdo de aquel acto solemne, vióse sorprendido con que el pájaro había volado; y no tuvo más remedio que excusarse como pudo con el auditorio, dando por terminada la sesión.

IX

El Consistorio en pleno se trasladó al despacho del alcalde, por donde había huido Flores.

—¿Qué le decía yo a usted? — le dijo Aldama al secretario —. Que a Flores no se le engañaba con pantomimas, ¿verdad? Pues ahí lo tiene usted.

—¡En buen fregao nos ha metido, amigo! — expresó otro concejal, encarándose con el infeliz secretario, que ponía una cara tan compungida que daba lástima—. ¡En seguida me embarce usted en otra!

—¿Por qué no le va usted ahora con otro discursito? — le preguntó, burlándose de él, un tercero.

—Reconozco, señores míos, que ha fracasado mi táctica — declaró el se-

cretario—. Sin embargo, opino que no ha fracasado en todos sus puntos, porque si bien...

—Basta de discursos y vamos al grano—atajó el alcalde.

—Pues, al grano, sí, señor. Como ustedes quieran — manifestó el secretario.

—Y el grano es... que a Flores le ha sentado como un tiro la comedia y que la cosa está peor que estaba — expuso el señor Paco.

—¡Eh, poco a poco! — protestó el secretario—. Eso que llaman ustedes comedia, ha sido urdido por mí para evitarles a ustedes males ulteriores. Yo, al fin y al cabo, no entro ni salgo en esta cuestión, ni tengo que temer nada de Flores.

—¿Que usted no tiene arte ni parte en lo de Flores? ¿Pues y el discurso que echó usted en el juicio oral y que fué el que convenció al Jurado? — le recordó el señor Paco.

—Gracias a ese discurso han podido ustedes repartirse la hacienda de Flores a cambio de unas cuantas pesetas.

Aquellos a quienes alcanzaba de plano la acusación del secretario, aunque no hubiesen sido designados por él, se apresuraron a protestar, descubriéndose a sí mismos.

—¿Nosotros?

—¿Quién, yo?

—¿Que yo me he aprovechado?

Uno, temeroso, declaró:

—Yo estoy dispuesto a devolverle lo que me quedé. Conque ya ve usted si me he aprovechado.

—Y yo igual.

—Y yo igual — afirmó otro.

El señor Paco, que no compartía en modo alguno el pensamiento de sus compañeros, pues para él eso de devolver nada era casi tanto como una deshonra, se encaró con ellos y les preguntó:

—¿Y los diez años de presidio?

¿Quién se los devuelve?

—Eso... allá el secretario — se excusó Aldama.

—Bien, allá yo. Perfectamente. Pues

sepan ustedes que no tengo ningún miedo a la venganza de Flores — expresó el secretario.

—¡Toma! Ni yo tampoco — repuso otro.

—Ni yo — corroboró otro.

—No se trata de miedo.

—Aun ha de nacer el hombre que me pueda dar miedo a mí.

El secretario los miró a todos por encima de las lentes, socarrón.

—Entonces, si ninguno tiene miedo, se acabó la discusión.

—Sin embargo, como medida de prudencia, debemos tomar algún acuerdo — opinó el alcalde.

—Yo creo igual — expresó el señor Paco—. Todos sabemos que Flores ha venido al pueblo a vengarse; y todos sabemos también que, cuando estemos más desconfiados, se nos vendrá encima. Pues bien, ¿creen ustedes que debemos esperarle con los brazos cruzados? Mi opinión es que antes que él nos ataque, debemos atacarle nosotros.

Los concejales rumiaron la proposición, y al fin, declaró uno de ellos, después de rascarse la cabeza:

No está mal pensado. Pero que conste que yo me lavo las manos. ¿eh?

—¡Y yo! — manifestó otro.

—A mí... la verdad, me parece de

perlas—dijo un tercero. Y añadió: -- Pero también yo me lavo las manos, que conste.

Burlón, el secretario arguyó:

—Buena. Así, pues, se toma el acuerdo de que todos nos lavamos las

manos, excepto el proponente, al que concedemos un amplio voto de confianza para obrar como le parezca. ¿Aprobado?

Todos los que había allí, respondieron afirmativamente.

X

Antonio Flores, rehuyendo todos los homenajes y agasajos, había ido a cobijarse en un cuartucho de la taberna contando con la amistad del tabernero, uno de los pocos que habíanse resistido a creer en su culpabilidad y que no lo acusó, como tantos otros que decíanse sus amigos.

Tendido en un camastro, Antonio Flores había ido dejando transcurrir las horas rumiando su venganza.

Cuando el tabernero le entró la cena, le dijo:

—Ha vuelto a preguntar por ti esa mujer, Antonio.

Esto, mientras se servía vino, miró a su amigo e inquirió:

—Pero, bueno... ¿quién es?

—No sé—mintió el tabernero para

no comprometer a María Cruz—. Te veras. ¿Quieres salir o no?

Había terminado su frugal cena.

Se desperezó y tendióse de nuevo en el camastro.

Aquel cuartucho negro, destartado, le recordaba su celda del penal.

—Se está bien aquí; me parece como si estuviera en el presidio — exclamó, en tanto que el tabernero recogía el misero servicio.

Y cuando se marchaba, Antonio le dijo:

—Oye, tráeme otra botella.

Al salir a la taberna el tabernero, María Cruz, que le esperaba impaciente, cubichéo unos momentos con él.

Y al enterarse de la nueva negativa

de Flores, se decidió a entrar en el cuarto donde éste se hallaba, llevándole por sí misma el vino que había pedido.

Flores, tendido en la yacija, no se dió cuenta de nada hasta que, al ordenar a quien él creía el tabernero, que le llenase el vaso y coger éste su mano, tropezó con una mano suave, delicada, de mujer, en lugar de la áspera manaza de su amigo.

Alarmado, se incorporó en el camastro, y mirando fijamente a María Cruz le preguntó:

—¿Quién eres?

Ella no respondió.

—¿Eres sorda?

Con voz temblorosa habló la muchacha:

—¿No te acuerdas? Estaba en el balcón de tu casa. Bueno... de la que era tu casa. ¡Y tú te has quedado mirándome con odio durante mucho rato! ¿Es natural!... ¡Te hemos quitado lo que era tuyo y nos aborrecas!

—Bueno... ¿qué es lo que quieres? Dilo pronto y déjame en paz.

—¡Que vuelvas otra vez a tu casa! ¡Te devolveremos todo! — le dijo María Cruz con acento que era casi suplica.

—¿A cambio de qué? — preguntó Flores, temiéndose una celada.

—A cambio de nada.

—¿Quién te manda?

—Mi madre.

—¡Mientes! ¡Tú, tu madre y los otros!

María Cruz quedó perpleja.

—¿Qué otros? — preguntó.

—Mira, pequeña. Por mucho que te paguen no debes hacer estas cosas — le aconsejó Antonio. Además, has de saber que Flores no se ablanda con una mirada y unos cuantos remilgos.

La sorpresa se reflejó en los ojos de María Cruz.

—¿Qué te figuras? — le preguntó.

—Nada. ¡Vete y déjame en paz! — le respondió él, rechazándola con un empujón.

María Cruz era fácilmente irritable y, revolviéndose contra Flores, le dió unos cuantos manotazos, exigiéndole:

—No. Dime qué te figuras.

—¡Pues que eres una asquerosa por dedicarte a estos oficios!

María Cruz, al oírse insultada, abofeteó repetidas veces a Flores, el cual la cogió entonces con ira por la muñeca y la arrojó violentamente al suelo.

Echóse a llorar al verse maltratada de tal forma.

—No me gustan las comedias, ¿sabes? — le dijo ásperamente Flores—. Conque deja el lloriqueo y lárgate.

Levantóse María Cruz, y suplicante le dijo:

—¿No quieres volver a tu casa?

—¡No! — contestó Flores. Y entre dientes, con sádico goce, declaró—: ¡Mañana seré el amo de toda la Sierra!

—¿Vas a vengarte? — inquirió María Cruz, trémula.

—¿Qué te importa? ¡Déjame!

Se oyeron en la puerta de la taberna, las pisadas de un caballo.

Era que Miguel había conseguido, Dios sabe cómo, un caballo para su hermano.

—¡El caballo, Antonio! — gritó el tabernero desde la puerta.

Flores cogió el sombrero, y rechazando a María Cruz, salió como una exhalación de la taberna.

Le dio apresuradamente la mano a Miguelillo, que acababa de penetrar en el establecimiento, y montando en el caballo que le esperaba a la puerta, salió a galope tendido, calle arriba.

Pero aun no se habría alejado cincuenta pasos, cuando unas detonaciones sorprendieron a María Cruz y a Miguel.

Presumiendo que los disparos podían haber sido hechos contra Antonio, ambos no vacilaron en salir corriendo a la calle, en la que hallaron tendidos a dos hombres, ninguno de los cuales era Flores.

A lo lejos aún se oía el galopar de un caballo.

Echóse a llorar al verse maltratada de tal forma.

—No me gustan las comedias, ¿sabes? — le dijo ásperamente Flores. — Conque deja el lloriqueo y lárgate.

Levantóse María Cruz, y suplicante le dijo:

—¿No quieres volver a tu casa?

—¡No! — contestó Flores. Y entre dientes, con sádico goce, declaró: — ¡Mañana será el amo de toda la Sierra!

—¿Vas a vengarte?—inquirió María Cruz, trémula.

—¿Qué te importa? ¡Déjame!

Se oyeron en la puerta de la taberna, las pisadas de un caballo.

Era que Miguel había conseguido, Dios sabe cómo, un caballo para su hermano.

—¡El caballo, Antonio! — gritó el tabernero desde la puerta.

Flores cogió el sombrero, y rebusando a María Cruz, salió como una exhalación de la taberna.

Le dió apresuradamente la mano a Miguelillo, que acababa de penetrar en el establecimiento, y montando en el caballo que le esperaba a la puerta, salió a galope tendido, calle arriba.

Pero aun no se habría alejado cincuenta pasos, cuando unas detonaciones sorprendieron a María Cruz y a Miguel.

Presumiendo que los disparos podían haber sido hechos contra Antonio, ambos no vacilaron en salir corriendo a la calle, en la que hallaron tendidos a dos hombres, ninguno de los cuales era Flores.

A lo lejos aun se oía el galopar de un caballo.

XI

Aquella voz, en medio de la noche, sobrecogió de espanto a "La Santa", que en su ermita hacía sus oraciones. ¡Era la voz de él; la de Antonio Flores!

—¡Bruja!

Al verle entrar en la ermita, pálido, descompuesto, la sangre se le heló en las venas a la milagrera mujer.

—¿A qué vienes? — le preguntó, aterrada.

—¡A verte!

—¡Vienes a asesinarme! — exclamó, retrocediendo.

—¿Otra vez? ¡No! — dijo Flores sarcástico.

—¡Tú vienes huyendo! — dijo "La Santa", adivinando en sus ojos la verdad.

—¿Qué te importa? — replicó él, violentamente. Después, dulcificando su acento, le suplicó: — Cierra esa puerta.

Suspiró, y mirando a "La Santa" a los ojos, le dijo:

—¡Estoy enfermo, bruja, y este mal sólo me lo puede curar el presidio!

—¿Quieres volver?

—¿Adónde? ¿A presidio?... ¡Claro! ¡Qué bien se está allí! — exclamó Flores con nostalgia.

"La Santa" le contempló, severa.

—Bien. ¿Qué quieres de mí? — le preguntó.

—Un milagro.

—¡Yo no sé hacer milagros!

—Sí. De lejos te vi hacer uno aquel

día, que me ha dado mucho que pensar.

—“La Santa” continuó observándole fijamente.

—¿Tienes fe en mí? — le preguntó, al cabo.

—No; pero la tienen todos en el pueblo... y eso me basta. ¿Comprendes?

Asintió “La Santa” con un movimiento de cabeza.

—Sí, comprendo. Pero... ¿y si yo no quisiera servirte?

—¡Acuérdate que me condenaron por tu culpa! Quieras o no, tu vida me pertenece.

“La Santa” sintió un escalofrío de terror.

—Está bien. Escóndete en la Sierrita, y ven mañana a verme.

—¡Hasta mañana, bruja!

Apenas salió de la ermita, Antonio oyó una voz femenina que le gritaba, entre las tinieblas de la noche:

—¡Flores!

—¿Otra vez tú? — exclamó él, re-

conociendo como la de María Cruz aquella voz.

Y claramente oyó que ésta le decía, gritando con todas sus fuerzas:

—Sigue por el monte, que te andan buscando por el barranco.

Flores dudó un momento. Pero al final decidió seguir el consejo de la muchacha, y salió al galope, monte arriba.

Poco después, abríase la puerta de la ermita y aparecía en ella María Cruz.

— Buenas noches, “Santa” — dijo. —¿Me dejas que lo reco un padrenuestro al Cristo?

—Pasa — le contestó “La Santa”.

La presencia de los buhos, lechuzas, la calavera, los ex votos que había por las paredes y demás siniestros objetos aterrorizaban a María Cruz, la cual contestó:

— No, gracias. Desde aquí mismo.

Y junto al umbral de la ermita se arrodilló y rezó fervorosamente un padrenuestro impetrando la ayuda divina para Antonio Flores.

XII

Las hazañas de Antonio Flores, el bandido que tenía aterrorizada toda la comarca, corrían de boca en boca, rodaban por la prensa de toda la nación y aun del extranjero, y hasta se cantaban en coplas de ciego.

La fantasía popular había tejido una serie de aventuras románticas a costa del bandido que hacía que éste fuera considerado como un héroe popular en la invicta villa — así llamaba al pueblo el secretario —; y si bien era temido de todos, no era menos admirado que temido.

Unos cantantes callejeros, venidos de la ciudad, se encargaron de dar a conocer las coplas de "La vida y hazañas de Antonio Flores".

Ya eran dos las personas que habían caído bajo la venganza de Flores.

Así lo haría constar el secretario en aquella sesión extraordinaria — puesto que las ordinarias jamás se celebraban.

— Consta, pues, en acta, el sentimiento de la corporación por la muerte de nuestro convecino don Santiago Lecea López, segunda víctima de la venganza de Antonio Flores — declaraba el secretario.

— ¡El sentimiento y la protesta! — expresó el señor Paco, airadamente.

— Constará, constará — afirmó el secretario, que no las tenía todas consigo—. Y ahora seamos prácticos y reconozcamos que el pueblo está en

cantado de tener un bandido auténtico. ¿Reconocido así?

—Sí — respondieron los ediles.

El secretario hizo ver lo importante que era esto, pues gracias a Flores el nombre del pueblo había corrido por toda la prensa.

—¿Es verdad, señor secretario, que Flores tiene elegidos ya a los que ha de matar? — inquirió un edil.

El secretario sacó una lista, que se había proporcionado no se sabía cómo, en la que figuraban los nombres de los elegidos por Flores para su venganza, lista que encabezaban los dos ricachones asesinados, a los cuales seguían, por turno riguroso, el llamado Aldama, y los demás concejales tras él.

—¿Y usted no está en la lista? ¡Pues eso es una injusticia! — le dijo Aldama al secretario.

—¿Teago yo la culpa? — exclamó el secretario, alzándose de hombros—. Flores ha elegido para su venganza a los más ricos e influyentes. ¡Señores! ¡Hay que saber sacrificarse y morir con dignidad!

—¿Y doña Juanita, la viuda, que se quedó con casi toda su hacienda? — inquirió Aldama.

—¡Alto ahí! — protestó el secre-

tario. Flores es un bandido galante, un caballero español, un quijote de esta tierra, incapaz de hacer daño a las damas.

Cuando salieron del Ayuntamiento los ilustres municipales, Aldama cogió por su cuenta al secretario y le pidió su consejo. ¿Qué le parecía si vendiera todas sus tierras y desapareciera de allí?

La idea no le pareció mal al secretario. Quizá fuera la única solución.

Al ir a separarse de sus compañeros Aldama para cocaminarse a su casa, dijo:

—Hasta luego, señores. ¿Qué, no me acompaña ninguno?

—Hay un poquito de miedo, ¿eh, don Francisco? — le dijo, socarrón, el secretario.

¿Miedo yo? ¿A qué? ¿A Flores? ¡No faltaba más! Hasta la noche, señores — replicó Aldama, marchándose solo y, al parecer, decidido.

Pero era lo cierto que no le llegaba la camisa al cuerpo.

—¿El pánico se musca, amigo Paco! — le dijo el secretario al administrador de doña Juanita—. Aldama lo vende todo y se larga.

La noticia dejó pensativo al señor Paco.

Cuando éste se separó del grupo, el alcalde preguntó:

—¿Y cómo es que este pájaro ha desaparecido de la lista de Flores?

—Esto se escuda en doña Juanita y

doña Juanita en él — manifestó un concejal—. Vaya usted a saber lo que habrá entre los dos.

—Por lo pronto los gañances le llaman el amo — dijo el alcalde.

XIII

Y como amo se comportaba el señor Paco en casa de doña Juanita.

—¿Quiere usted decirle a su niña que calle de una vez? —le decía aquella tarde a la señora su administrador porque María Cruz, en su cuarto, no cesaba de cantar "las coplas de Antonio Flores", poniéndolo a él nervioso a no poder más.

—María Cruz, hija, cállate un momento — le rogó su madre.

Enardeció la muchacha y entonces el señor Paco le propuso a doña Juanita:

—¿Qué le parece a usted si comprásemos entre los dos la cortijada de Aldama?

—¿La vende? — inquirió, extrañada, la señora.

—¡Tirada! Quiere liquidar todo y largarse cuanto antes. ¿No ve usted que hace el tres en la lista de Flores y ya está en puerta? Como no se dé prisa...

—¿Y en qué precio, Paco?

—En el que nosotros queramos. ¡Si todos venden y no hay quien compre! Como andamos un poco listos, el miedo a Flores que tienen los otros nos va a hacer los amos del pueblo. ¿Qué? ¿Hago una oferta?

María Cruz, que desde lo alto de la escalera del vestíbulo había escuchado las palabras de Paco, gritó a su madre:

—¡Mamá! ¡No haga eso!

Y descendió apresuradamente al vestíbulo.

—Calla, María Cruz. Paco sabe muy bien lo que tiene que hacer — lo advirtió su madre.

No era María Cruz mujer que se mordiese la lengua cuando veía una iniquidad, cometiéndola quien la cometiese, y exclamó, trémula de indignación, con los ojos llameantes:

—¡No quiero callarme! ¡No me callo más! Todo es mentira, madre, Antonio no ha matado a nadie. ¡Los que roban y los que matan están en el pueblo, y tú los conoces lo mismo que yo! ¡Y luego le echan la culpa a Flores! ¡Pero éste va a saberlo todo muy pronto!

La mirada de María Cruz, fija en el señor Paco, era como un terrible acusación.

Paco livideció visiblemente; y sus ojos parecieron ir a salirse de las órbitas.

—¡Si usted no tiene autoridad para mandarla callar, tendré yo que taparle la boca como sea! Usted verá — bramó el administrador.

Algo siniestro vió doña Juanita en la expresión de aquel hombre que le hizo estremecerse de pavor y le impulsó a decirle a María Cruz:

—¡Cállate, hija! ¡Ese hombre es capaz de todo!

—¡Lo sé, madre; lo sé! — replicó la muchacha—. ¡Sé que es capaz de matarnos lo mismo que ha matado a los otros dos!

Las manos de hierro de Paco se encargaron en los brazos de María Cruz, y la zarandeó brutalmente, lanzándola después al suelo con desprecio.

En sus ojos había una luz homicida.

—¡No! ¡A mí hija no! — clamó la madre, desesperada.

Y comenzó a gritar pidiendo auxilio.

Presentóse cachazudamente José, el viejo servidor.

Al verlo, Paco procuró serenarse.

Y María Cruz pudo levantarse y escapar a la calle temblorosa.

—¡Avise usted a toda la gente, José! — le ordenó doña Juanita.

Mas, por primera vez en la vida, vió la rica hacendada que el viejo se insolentaba, diciéndole:

—Perdone usted, señora; pero creo que no hace falta dar más escándalo.

—¿Es que no puedo mandar en mi casa? — preguntó doña Juanita.

—En lo tocante al trabajo, mande usted lo que quiera; pero "respetive" a lo otro, no; lo otro no. En esas co-

sas, allá ustedes — replicó José, moviendo negativamente la cabeza.

Paco, descompuesto aún, aunque algo más sereno, le ordenó, señalándole la puerta:

—Bien; sal y cierra.

Y dirigiéndose a la señora, cuando

el criado se hubo marchado, le dijo:

—Después de todo, no hay que ponerse así ni hacer caso de habladurías. Pero bueno será que haga usted ver a su niña que a mí no se me puede amenazar ni con Antonio Flores ni con nadie. ¿Se entera usted?

XIV

La gente del pueblo seguía con interés las noticias que los periódicos daban de Antonio Flores; noticias contradictorias, pues mientras unos aseguraban haberle visto en un sitio determinada, otros señalaban su presencia aquel mismo día en un lugar distante de aquél unos ochenta kilómetros.

—¡Hay que ver! ¡Un hombre solo y parece que llena toda la Sierra! — comentó un mozo, en la taberna.

El ruido que hacían los cascos de las caballerías de un pelotón de la guardia civil, llegó hasta el interior de la taberna.

—No debe andar muy lejos Flores

—apuntó el tabernero—. ¡Hay refuerzos en gordo!

—¿Y a quién le toca caer ahora? —inquirió otro parroquiano.

—Creo que a don José, el de la cortijada — insinuó un tercero.

Los sentenciados a muerte en la célebre lista atribuida a Flores, estaban amedrentados y no se atrevían a salir de sus casas, en donde se hallaban encerrados y con la servidumbre dispuesta a recibir a tiros al huido si osaba acercarse.

También ellos, con más ansiedad que los otros, se hallaban interesados en tener noticias del bandolero y conocer su posición exacta.

Pero aun más interesada estaba otra

persona en saber el paradero de Antonio Flores.

Esa persona era María Cruz, quien sentía un extraño afecto, una extraña simpatía por Flores; algo que ella misma no se sabía explicar.

Y una mañana trepó hasta el pequeño santuario de "La Santa", a que ésta le informase de dónde podría hallarlo.

Quería decirle toda la verdad, decir que Flores supiese quién era el hombre que había hecho todo cuanto pudo para perderle y continuaba haciéndolo...

En presencia de "La Santa", le preguntó a ésta:

— Dime, Santa. ¿Dónde podré encontrar a Flores?

— ¡No lo sé! — respondió apresuradamente "La Santa" creyendo sin duda que María Cruz iba enviada por alguien para hacer caer en una trampa a Flores.

— ¡Pues yo no me vuelvo a casa sin verle! — exclamó María Cruz, con tenacidad.

"La Santa" sondeó su mirada.

Y algo debió descubrir en ella que delataba el sentimiento que la muchacha profesaba al bandido.

— ¡Te comprendo! — dijo —. ¡Tú lo quieres!

El rubor enrojeció las mejillas de María Cruz.

— ¡Por Dios, Santa! Yo, no...

— ¡Tú, sí! — afirmó enérgica "La Santa" —. ¿Por qué lo niegas? Flores no es malo.

Y firmemente declaró:

— ¡Los verdaderos bandidos, los asinos, están allí abajo; en el pueblo!

— ¿Cómo sabes tú eso? — inquirió María Cruz, atonta.

— Sé más — añadió "La Santa" —. Sé que la venganza de Flores no ha comenzado aún.

— Pero... ¿dónde está? ¡Dímelo, por Dios! — suplicó María Cruz.

— ¡En la Sierra!

— ¿Y quién lo encuentra? ¡La Sierra es tan grande! — dijo con desaliento la muchacha.

— ¡No importa! Vé, y tú lo encontrarás.

Con una fe ciega en el mandato de "La Santa", María Cruz se internó en lo más abrupto de la serranía.

Miguel, el hermano de Antonio, habíase unido a éste, pues su vida en casa de doña Juanita hubiera sido imposible.

Y a él iba llamándole María Cruz, a

grandes voces, que él era repetía lúgubremente.

Pero al fin el muchacho logró oírle, desde lo alto de un picacho, y le respondió:

—¡María Cruz! ¿Dónde estás?

La voz de Miguel venía desde lo alto, pero era imposible que ambos pudieran verse.

Entonces ella le pidió que tirase una piedra, la cual cayó a pocos pasos, y de este modo pudo orientarse y llegar hasta donde se hallaba Miguel, quien la condujo hasta una choza en la que se hallaba su hermano.

Antonio Flores, al verla, hizo un instintivo movimiento de retroceso.

—¿Por qué te escondes? —le preguntó María Cruz—. Me ha costado mucho llegar hasta ti. ¡Te he buscado por toda la sierra! Di, ¿por qué te escondes? Aunque todos dicen en el pueblo que tú eres el culpable de todo: de los robos y de los asesinatos que en él se cometen, yo no lo creo... ni "La Santa" tampoco.

—¿Y a ti qué te importa todo eso? —le dijo Flores, de mal talante—. ¡Todos me acusaron en el pueblo y justo es que lo paguen ahora!

—¡Si que me importa! —repuso María Cruz—. Mi madre y yo somos ino-

centes. Quiero que lo sepan. También a nosotros nos hizo daño una mala voluntad...

Súbitamente, la llama del rencor se encendió en el pecho de María Cruz contra aquel hombre indigno que las tenía esclavizadas, y le preguntó a Flores, apretando los labios, con ira:

—¿Dónde está tu venganza?

—¿Mi venganza? ¿Es que no la ves? ¿No se cometen crímenes? ¿No tienen que abandonar el pueblo los mismos que me acusaron? Pues esa es mi venganza.

—¡No! Yo sé que tú no eres el autor de esos crímenes —replicó la muchacha, con vehemencia—. ¡Y sé quién es el que mata!

Flores la miró a los ojos con ansiedad.

Y María Cruz prosiguió, cada vez más enardecida:

—¡El criminal está en nuestra propia casa! ¡Nos domina a todos, nos puede!... ¡El fué quien obligó a mi madre a que comprara tus tierras!... ¿A qué esperas, di, para vengarte?

—¡A esto! ¿A que alguien viniera a decirme quién es el culpable! —repuso Flores, irguiéndose.

Y cogiendo su sombrero y su carabina, salió de la choza seguido de María Cruz.

—¡Gracias, muchacha! — le dijo a ésta, estrechándole la mano con emoción.

—¿A dónde vas? — le preguntó ella, atemorizada.

— ¿Dónde voy a ir? ¡Al pueblo! — respondió Antonio Flores, montando en su caballo, que se hallaba a la puerta de la choza, y alejándose veloz por entre los rioscos.

XV

Era domingo.

La Banda Municipal tocaba en las afueras del pueblo el éxito más reciente: el pasodoble de Antonio Flores.

De pronto llegó a las primeras casas del pueblo un hombre casi sin aliento, de tanto como había corrido, y dió la voz de alarma.

¡Antonio Flores se dirigía hacia el pueblo!

Todo el mundo se desmoralizó.

Y cada uno corría hacia su casa, atropellando cuanto encontraba a su paso. E incluso los había que trepaban a los balcones por las rejas de los pisos bajos para ponerse a salvo cuanto antes.

Cuando el bandolero entró en el pueblo a todo el galopar de su caballo,

las calles hallábanse totalmente desiertas.

Al pasar junto a los misioneros que se habían quedado solos tocando, éstos se metieron de cabeza en los matorrales cercanos.

En todas las casas cerradas a piedra y lodo, se respiraba una atmósfera de angustia y de ansiedad cuando se escuchaban las pisadas de su caballo sobre los guijarros de la calle.

En casa de doña Juanita no se conocía aún la llegada del bandolero.

La señora hallábase muy apenada, porque desde por la mañana temprano que había salido María Cruz, no había vuelto ni a la hora de comer.

Con ella se hablaba en aquellos momentos el secretario, quien la informa-

ba que no tenía noticias de Flores, por lo que suponía que éste debería hallarse lejos.

En esto penetró el señor Paco ordenando que se cerrasen todas las puertas y ventanas de la casa, pues Flores se aproximaba; con lo que las deducciones del secretario sufrieron un rudo golpe.

—Pero no se preocupe usted — le dijo, jactancioso, al secretario—, que ya he removido a la gente y Flores no saldrá vivo del pueblo.

Un grito de doña Juanita hizo que se volvieran los dos hombres hacia donde ella miraba con ojos de espanto.

¡Flores se hallaba en el umbral de una puerta interior, revólver en mano!

Paco, tembloroso, hizo un movimiento como para apoderarse de algún arma que tal vez había en el cajón de una mesa próxima. Mas el revólver de Flores habló a tiempo, y el malvado purgó todos sus crímenes cayendo con el corazón atravesado de un balazo.

Rápido, Antonio Flores, huyó de aquella casa.

Y nuevamente volvieron a latir los corazones de los vecinos del pueblo con angustia y ansiedad, al oír otra vez el galepar de su caballo.

Pero nadie tenía que temer ya. La

venganza de Flores quedaba consumada.

Su caballo no se detuvo hasta llegar a la ermita de "La Santa".

Derrengado, flaqueándole el ánimo, se dejó caer en un asiento ante la mágica.

—¡Todo se acabó, Santa!—exclamó.

—Ya lo sé — repuso ella, adivinando la tragedia en su rostro—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Ahora?... ¡Ahora al presidio otra vez! —murmuró Antonio Flores, con la cara oculta entre las manos.

—¿Y tu venganza?

—¡Ya está hecha!

—¡Aun quedo yo! —dijole "La Santa", avanzando su rostro hacia el de él.

—¿Tú? —exclamó Flores sin comprender.

—¡Sí, yo! ¡Yo fui la mayor culpable! Los demás no hicieron otra cosa que creer en mí ciegamente, como siempre habían creído. Salí del pueblo sabiendo que te iban a acusar de mi muerte.

Flores la miró cara a cara.

En el rostro de "La Santa" había una expresión maligna.

Sin embargo, no la creyó.

—¡Mientes! —le dijo.

—¡No! ¡No miento! Anuérdate de las veces que me humillaste delante de

todos. ¡Yo, Antonio, no sé si te odiaba o si te quería! Por celos o por rencor tenía que desaparecer... ¡Y castigarte!

Y tras una pausa, llena de dolor, exclamó:

—¿Estás viendo por qué no puedes volver al presidio?

Los ojos de Flores se clavaron en el revólver que había dejada sobre la mesa de "La Santa".

—¡No tengas tanta prisa en acabar tu venganza! — le pidió ella, con ironía. Y mostrándole un camino subterráneo que, labrado en la roca viva, conducía desde la ermita a un lugar alojada de la sierra, le dijo: —Mira... Dentro de unas horas, cuando empiece a amanecer...

De repente se abrió la puerta y María Cruz apareció en el umbral.

—No te muevas de aquí, Flores — le dijo—. Están esperando que salgas para llevarte preso. ¡Y tú, Santa, no le dejes salir!

En efecto, de trecho en trecho, asomando por entre las rocas, se veía brillar algo extraño, al reflejo lunar. Eran los tricornos de la guardia civil, que rodeaba la ermita.

En silencio permanecieron hasta el amanecer.

¡Ya es hora, Flores! — le dijo

"La Santa", al apuntar el alba—. Sigue el camino que te he dicho.

Flores le dirigió una mirada de gratitud y se metió por el foso que ella había indicado.

—¿A dónde va? — le preguntó, aborraz, María Cruz.

—¡A la Sierra! — le respondió "La Santa". Y cogiéndola por los hombros, fijó sus ojos negros, de agudo mirar, en los apacibles ojos de la muchacha, le dijo con vehemencia: —¡Si es verdad que le quieres, siguelo, María Cruz, y ayúdalo a buscar su libertad!

María Cruz, flotando, ocultó su rostro en el pecho de "La Santa", abrazándola enternecida.

Después siguió el misterioso camino por el cual había escapado Antonio Flores.

Al quedarse sola "La Santa", sintió como si la vida hubiérasele ido también con aquel hombre al que tanto había odiado... quizá porque mucho lo había amado y deseado su corazón.

Y sabiendo que nunca habría de ser amada por él y que nada hubiera hecho ya para conseguir su amor, que pertenecía a María Cruz, tomó una trágica resolución, con la que pondría fin a los sufrimientos que en lo sucesivo le atormentarían siempre.

Encima de la mesa estaba el revólver

de Flores; lo cogió y entrecabriendo la puerta de la ermita, sacó el brazo y disparó, sin mirar a dónde.

Una descarga cerrada respondióle.

Y "La Santa" se derrumbó para no levantarse más, atravesada su cuerpo por las balas de la guardia civil.

Y en tanto que aquella misteriosa

mujer agonizaba, María Cruz se reunía a Antonio Flores, quien cogiéndola en sus brazos, como divina carga, emprendió la huida, deseoso, ahora más que nunca, de vivir, porque en medio de la negrura de sus tristezas había encontrado la maravillosa luz del amor

F I N

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- La vida alegre
El gran desfile
Miguel Strogoff o el
Correo del Zar
La princesa que sabe
amar
El coche número 13
Sin familia
Mare Nostrum
Nancha, el hombre que se
vendió
Cobra
El fin de Montecarlo
Vida bohemia
Zazá
¡Adiós, juventud!
El judío errante
La mujer desonada
La tía Ramona
Casanova
Hotel imperial
Don Juan, el burlador
de Sevilla
Noche impetuosa
El séptimo cielo
Buen Gusto
Los vencedores del fuego
La marinera de oro
Ben-Hur
El demonio y la carne
La condesa del Lilliano
La tierra de todos
Trípoli
El rey de reyes
La ciudad castigada
Sangre y arena
Agallas triunfantes
El sargento Malacara
El capitán Sorrell
El jardín del edén
La princesa muerta
Ramona
Dos amantes
El pódico estudiante
Ana Karenina
El destino de la carne
La mujer divina
Alice
Cuatro hijos
El carnaval de Venecia
El ángel de la calle
La última cita
El enemigo
Amantes
La bailarina de la Opé-
ra
Moulin Rouge
Ben Ali
Los cuatro diablos
¡Rifá, payaso del
Viejo, Viejo!
La simonía política
Un cierto muchacho
(Montañas)
La ruta de Singapur
La actriz
Mister Wu
Renacer
El desertor
La melodía del amor
Los tres asesinos
Cristina, la Holandesa
¡Viva Madrid, que es
mi pueblo!
Sombras blancas
La copia andalaza
Los coqueos
Isotro
El conde de Montecarlo
La mujer ligera
Virgencitas modestas
El pagano de Tahiti
Retratos dichosos
La reina del 98
Nieto es el cielo
Españolismo
Evangelismo
Orquídeas salvajes
El cubalibre
Egoísmo
La máscara del diablo
El pan nuestro de cada
día
Vieja hidalguita
Pasadisa
Terceración
La picaresca
El beso
Ella se va a la guerra
Los hijos de nadie
El parador de nubes
Santa Isabel de Cerro
Las dos hermanas
La canción de la estepa
El precio de un beso
La canción del recuerdo
Delikatessen
Del mismo barro
Extramedios
Cuento de infancia
Olimpia
Monsieur Sans-Gêne
Sombras de gloria
Mambo
Ladrón de amor
Moby (la gran parada)
El valiente
¡De frente, marchant
prim.
El presidio
Romance
El gran charro
Tempestad
El dios del mar
Anne Clavette
Sevilla de mis amores
Horizontes nuevos
Ben-Hur (edición popo-
lari)
La incorregible
El mulo
El paya real
Eso es, tamo de Pacha
Wuli-chang
Montecarlo
Camino del infierno
Mio señor
Aclamar
La mujer que amamos
Al compás de 3-4
La princesa se enamora
Amoroso de otros
El gran desfile (edición
popular)
Du Barry, mujer de po-
pulo
La vida alegre (edición
popular)
Ángeles del infierno
Cuerpo y alma
El impudor
Esposa a medias
Esclavas de la moda
Paris Café
Hay que sacar al pri-
mo
Inspiración
El proceso de Mary De-
mo
Marruecos
En cada puerta un amor
¿Conoces a tu mujer?
El millón
La mujer X
Gente alegre
Mar de fondo
La dama sacada
La ley del torón
La fruta amarga
Vidas trágicas
La hija del mar
Tahiti
El pasado oscuro
Papá piernas largas
Trader Horn
Un yamqui en la corte
del rey Arago
El obispo peral
La pura verdad
Maternidad, el derecho
a la vida (fuera de se-
rie)
Carbón (la tragedia de
la mina)
Estudiantina
Los peripetias de Shippy
(Qué viento)
El cambio de la vida
Noches de Viena
Mami
Kran trece
Cheri-Bibi
Béatise otra vez
Camareros de lujo
Los hijos de la calle
La divorciada
Madame Santa
¿Cuándo te suicidas?
Mariquita
El carnet amoroso
Hombres a tu madre
Su última noche
Las alcancías chicas de
Viena
¡Viva la Libertad!
Maivado
El tentado del amor
Delicieux
Cielo solado
margu fétido
Honor entre amantes
Para alcanzar la luna
El hombre que amó a
¡Stéfano!
La calle
El prófugo
Milicia de paz
Amores de medianoche
Miguel Strogoff o el
Correo del Zar (edición
popular)
La hermana San Sulpicio
El demonio y la carne
(edición popular)
La dama misteriosa
Los clavados de la Vi-
gen
Pareja de baile
Al Cupone (Pánico en
Chicago)
Mi último amor
Muchachos de uniforme
Marido y mujer
Mito-Harl
Congorilla (fuera de se-
rie)
Circelox
Brase una vez un vaia
Hombres en mi vida
Niebla
Rubena
Indescribible
Tardes de los monjes
El terror del hampa
La vuelta al mundo por
Douglas Fairbanks
Chica bien
Recien casados
Champ (El campeón)
La rapa del jaguar
Los amores de José Mo-
rice (fuera de serie)
El caballerito de la noche
Arréste Legit
La dama del 12
Amor en venta
El pecado de Modelón
Clavette
La casa de los muertos
Titanes del cielo
El príncipe Dravus
La vida de un gran ar-
tista
El último varón sobre la
Tierra
Pezomax
Violencias imperiales
Boy un fugitivo
Tercera
La película de las espi-
das, Grand Hotel (fuera
de serie)
Hollywood al desnudo
angre roja
El doctor X
Krima
Primavera en otoño
El hijo del destino
Ila o ninguna
El escamoteo en la sábanas

El azul del cielo.	La edad de amar.	El reñicario.	La amargura del general
El monstruo de la ciudad	Salvada.	El amor y la muerte.	Yan.
El hombre que se reía	Divorcio por amor.	En ciudad romántica.	Kelche.
del amor.	Cosquitos sin rumbo.	Rosendo y la Zarina.	La vida privada de Enrique
Susan Lenox.	Cosquitos valientes.	Susana tiene un secreto.	VIII.
Mercado de mujeres.	Triste-Fugate-Desembarc	70.000 años en Sing Sing	Fra Diavolo.
Manos culpables.	(Cruza de carles).	Prisionero en Budapest.	El puñero ideal.
La princesa se divierte.	Los tres monjes.	Mitigado.	El lucia errante.
La brama escucha.	(Los hermanos de la	Viejo de hoy.	El hijo de la parroquia.
El rey de los gitanos.	león).	Una.	Letty Lynton.
El sargento X.	Milady (1.ª parte de las	Los criminales del museo.	Barrin Chino.
Los seis misteriosos.	tres monjes).	El secreto del mar.	Yo, yo y ella.
Esta edad moderna.	Reclutad.	Mañana se casará.	Un ladrón en la alcoba.
La novia de Escoba.	La calle 42.	No dejes la puerta abierta	El castor de los cantores.
Bebo al beber.	Los los bucaneros.	Dondequiera.	La llama eterna.
El mayor amor.	Caballero.	La metedla prohibida.	Un hombre de corazón.
El expreso fantasma.	Secretos.	El primer derecho de un hijo.	
Al despertar.	La feria de la vida.	Canción de Gilead.	
El robo de la Monna Lisa	Una cocina y una robé.		
(La Gioconda).	Como si me besara.		

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección,⁷ considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

EL EMOCIONANTE ASUNTO

EL REY DE LOS FÓSFOROS

(Inspirado en la vida de Kreuger)

por WARREN WILLIAM, LILY DAMITA, JOAN BLONDELL

En preparación:

LA SENSACION DE LA TEMPORADA

LA CRUZ Y LA ESPADA

por JOSÉ MOJICA, JUAN TORENA, etc.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXHA SIEMPRE

EDICIONES DISTANCE

Pasaje de la Pez, 10 bis - BARCELONA

COLECCION USTED EL NUEVO ÉXITO DE
 Ediciones BISTAGNE
 LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasia oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
 EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
 NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froelich.
 LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
 ¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.
 PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
 LA BALARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.
 UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
 DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
 EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
 RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
 ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow y Walter Byron.
 LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakelfeld, etc.
 EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
 EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
 SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
 EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
 EL BAILE, por André Lafaur, Germaine Dermoz, etc.

MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.
 AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.
 ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
 ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, etc.
 EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Evelyn Williams, etc.
 EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renee Oudé, etc.
 LA PRINCESA DEL «6-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.
 ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.
 ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart.
 PIERNAS DE PERIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.
 EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.
 AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonzo (Gilbert Roland), Lew Cody, etc.
 LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly, etc.
 LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, Claire Dodd, etc.
 UNA CUENTA IDEAL, por René Leffevre.
 DE CARA AL CIELO, por Marion Nixon y Spencer Tracy.
 SOÑADORES DE LA GLORIA, por Miguel C. Torres, Lia Torá, etc.
 MI DEBILIDAD, por Lilian Harvey, Lew Ayres.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
 en papel couché. Precio: 50 céntimos

COLECCION USTED EL NUEVO ACIERTO DE
 Ediciones BISTAGNE
 EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Ellen Landi, Victor Mac Laglen, etc.
 LA CONDESA DE MONTECASSIO, por Brigitte Helm.
 AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
 UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hena Strows, etc.
 UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Andy Cedra.
 JACQUE AL REY, por Emilie Chautard, Pauline Carné.
 PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
 PAPA POR APICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
 BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbett, Lope Velez, etc.
 LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Betty Eilers, Bea Lyon, etc.
 EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
 CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
 CONDENADO, por Ronald Colman.
 MONSIEUR, MADAME Y SIBI, por Mary Glory y René Leleuvre.
 ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
 EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
 ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Bea Lyon.
 LA REINA KELLY, por Gladia Swanson, Walter Byron y Nedra Owen.
 SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Dix, Thelma, Mae Marsh, etc.

TRABE LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
 TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
 ENTRE DOS ESPOSA, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
 AGUILAS HUMANAS, por Liane Bald, etc.
 DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Zita Linden, Artline Judge, CBB Edwards, etc.
 LA CURVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
 NADA MAS QUE UN GIGOLO, por William Haines, Irene Purcell, Mario Abza, etc.
 LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Len Cariolla, etc.
 LA DANA AZUL, por Joselline Gail, André Baugé, etc.
 AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
 EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.
 CARAS FALSAS, por Lowell Sherman, etc.
 PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, etc.
 POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.
 VIDAS INTIMAS, por Norma Shearer.
 HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, etc.
 SUEÑOS DE MARINO, por Betty Eilers.
 LA PELIRROJA, por Jean Harlow.
 TORRES A LA FUERZA, por Eddie Cantor.
 LA FLOR DE HAWAI, por Maria Fignerth.
 ¡A CASARSE, MUCHACHAS!, por Renate Miller y Hermann Thimig.
 CON PASION, por Fernand Gravey, Florella.
 TRES VIDAS DE MUJER, por Warren William.
 SU UNICO PECADO, por Ronald Colman.
 SI YO TUVIERA UN MILLON.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
 en papel couché. : : Precio: 50 céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

El film de hoy

52 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio: 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL Y EL SOBRE DE CINE SONORO

Conteniendo una novellita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

Cowboys y Detectives

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 250 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

Remítimon Catálogos
ilustrados, gratis y
sin compromiso, a
quien nos los solicite.

Ediciones BISTAGNE

Paseo Paz, 10 bis - BARCELONA

FT.

E. B.

Precio: Una peseta